

Tergiversar la realidad

PELLO SALABURU

No llamemos víctimas del terrorismo a las que no lo son. No lo son quienes han perdido la vida en accidentes (de tráfico) cuando iban a visitar a los suyos a la cárcel, o los policías que han podido perder las suyas en accidentes en Euskadi

Imaginen la escena: un grupo de tres aprendices de terroristas viaja hacia Madrid en coche. A la entrada de la capital tienen que recoger una furgoneta cargada de explosivos para intentar que reviente un supermercado. Al pasar por Burgos, un despiste del conductor, una velocidad no muy apropiada, cansancio, preocupación... total, que cae el coche por un terraplén, se estampa contra una pared y los terroristas acaban muertos. Pertenecen a un grupo desconocido, todavía no ha cometido ningún atentado, aunque tiene muy claro utilizar las armas para conseguir determinados objetivos –cualesquiera que sean, pero siempre por el bien de la humanidad–, y no han tenido tiempo siquiera de redactar el comunicado con el que quieren aclararnos sus ideas.

Pues bien: según la forma particular del conteo que se quiere implantar en Euskadi, y que acabará triunfando si no recuperamos todos la dignidad y un poco de sentido común, en esa particular batalla entre el grupo terrorista y los clientes del supermercado, ya ha habido tres víctimas (del conflicto, de la guerra, de la violencia o de lo que sea). Una bonita paradoja: tres víctimas del terrorismo, aunque todavía no ha habido ningún acto terrorista. Este tipo de contabilidad es un hallazgo, un poco heterodoxo eso sí, pero se va a intentar por todos los medios que se convierta en la historia oficial de este país. Confío, por el bien de los ciudadanos, que en la Diputación en la que gobiernan utilicen métodos un poco más rigurosos y ortodoxos para recaudar impuestos, cobrar por esas carreteras por las que nunca iban a cobrar, construir esa cárcel en Zubietta que nunca se iba a construir y mandar los camiones para recoger la basura allí donde se iba a utilizar para fabricar un poco de compost en la sala de estar y ponerlo en los tiestos de la entrada.

Sigamos con los del accidente. Tras recoger sus cuerpos, sus conocidos les hacen pasillo, un recibimiento en el Ayuntamiento y les pasean a hombros pensando que hay que ver, hay que ver de lo que son capaces de hacer por el bien de los demás, sacrificarse de ese modo. Pero deciden al final que quizás no sea bueno utilizar esos métodos y que es mejor hacer lo que hace todo el mundo: llaman a eso sufrir y sacrificarse por la paz. Los que han tenido barra libre para apoyar el asesinato se sacrifican. Luego se presentan a las elecciones y la sociedad les premia con un buen pellizco de votos.

Existen ejemplos de que eso ha sucedido exactamente así: como muestra, Irlanda, que da para mucho. También para ver a exterroristas, acusados de organizar crímenes, convertidos en políticos con pinta de intelectual que estrenan chaqueta cada día. Así que no nos debe extrañar que aquí en Euskadi muchos de los que han tolerado y apoyado el terrorismo obtengan una buena cosecha en forma de votos democráticamente otor-

gados. Los cambios de chaqueta son habituales en esas situaciones: observen al admirado Ortega en Nicaragua, o al exguerrillero Machel en Mozambique. Tras haber luchado contra un dictador y haber acabado con el régimen previo, no les duelen prendas para atacar los cimientos de la sociedad democrática. La historia viene de lejos: no hizo nada distinto Stalin, como no fuera el grado de la gravedad, ni sucedió nada diferente con Mao. La guerra civil española está llena de episodios que muestran lo mismo, con aquel general comunista al frente. Quizás Mandela es una de las pocas y honrosas excepciones que me vienen a la memoria en estos momentos, aunque hasta su anterior mujer se vio envuelta en historias similares. Exluchadores por el bien del pueblo que a la mínima oportunidad se convierten en sangrientos dictadores o, como mal menor, en honrados diputados. La cuestión es dar siempre lecciones: cuando empuñaban el arma pensaban 'A' y tenían razón. Ahora empuñan el carné de diputado y piensan 'B', se sientan quizás en el asiento que perteneció a otro diputado asesinado, pero siguen teniendo razón. Ellos no cambian, es el mundo el que lo hace. Es una suerte tener siempre la razón.

No: no podemos aceptar estos hechos con fatalidad o con la confianza de que las cosas mejorarán si cedemos un poco en nuestros planteamientos éticos. Nunca mejoran, siempre empeoran. Hemos tenido terrorismo aquí durante décadas: terrorismo practicado por ETA que ha causado miles de víctimas y centenares de muertos. Ha durado hasta hace bien poco. Hasta que se ha podido acabar con ETA. Ha habido también víctimas causadas por el terrorismo de Estado, por fuerzas policiales o por grupos de la extrema derecha. Los muertos causados por este otro terrorismo, igual de condenable (si no más, por su propio origen), han sido menores en número, y están mucho más alejados en el tiempo, porque ETA ha continuado con su actividad salvaje durante muchos más años. Aunque ha habido episodios graves de tortura hasta mucho más tarde. Todo eso es igual de condenable y debemos manifestar nuestro absoluto rechazo en voz alta. Todos sufren de la misma forma.

Pero de ahí a cambiar los sistemas de contabilidad hay un buen trecho: no llamemos víctimas a lo que no lo son. No, al menos, del terrorismo. De la misma forma que los tres aprendices de terrorista del inicio no son víctimas del terrorismo, tampoco son víctimas del terrorismo quienes han perdido la vida en accidentes cuando iban a visitar a los suyos a la cárcel o los policías que han podido perder las suyas en accidentes en Euskadi. Quizás, sin ETA, ese mismo policía podía estar destinado en Córdoba y jamás hubiera muerto en un accidente en Gipuzkoa. No podemos meter a todo el mundo en el mismo saco, porque eso solo contribuye a echar tinta negra sobre nuestro pasado y sobre las causas de la desgraciada situación en que hemos vivido. No seamos calamares, y recuperemos un poco el sentido común.



:: JOSÉ IBARROLA